

IMPERIALISMO

Notas

Iñaki Aginaga

LA SOCIEDAD CIENTIFICA Y LA REALIDAD

En las relaciones políticas internacionales, la paz y la guerra, las cuestiones de los derechos humanos, del imperialismo y el fascismo, de la libertad y la democracia se tratan y resuelven, en un sentido o en otro, por la violencia, no por los buenos sentimientos o el imaginario normativista. En la implacable lógica de la sociedad internacional de estados “independientes”, agresión, guerra total, exterminio, terrorismo, tortura, matanzas, deportación, deculturación, colonización, pillaje, asimilación, son prácticas fuertes, superiores, que dan ventaja a los que las utilizan con mayor extensión y ferocidad y penalizan a los demás, lo que lleva a su generalización entre los contendientes que disponen de medios para ello. “Nos guste o no, así son las cosas”.

El estado de naturaleza determina relaciones internacionales de conflicto permanente entre las naciones. La “comunidad universal” desborda el ámbito de solidaridad y reconocimiento de que la humanidad es capaz, limitado de hecho a la nación y sus relaciones de proximidad. Movidas por instintos, impulsos, pasiones, fines, condicionantes o determinantes universales de dominación y agresión, de supervivencia y de resistencia, las naciones usan unilateralmente y sin limitaciones externas de la violencia y el terror de masas como medios y fundamentos de política internacional, se oponen necesariamente entre ellas. La guerra, la opresión, la destrucción por la violencia de los otros pueblos son lo propio del estado de naturaleza en que viven los humanos. Buscar, atribuirse y utilizar la mayor capacidad posible de violencia actual y virtual a su alcance, disminuyendo o anulando la de los demás, tal es la norma fundamental de la política de las naciones, la única que éstas conocen y reconocen. El nacionalismo imperialista tiende al imperialismo absoluto, al monopolio, la dominación y la eliminación de toda alteridad nacional. El equilibrio o la escalada hacia los imperios “universales”, con todas sus consecuencias, son las únicas soluciones políticas que las naciones han encontrado para sus ambiciones e inquietudes. La destrucción de los demás es su objetivo inmanente y consecuente, “conforme a su esencia”. La razón, el humanismo, las utopías y el idealismo sin fundamento nada pueden contra ello, son, bien al contrario, instrumentos de propaganda y guerra psicológica al servicio de las potencias dominantes. La autodestrucción de la humanidad es perspectiva mucho más razonable que su reconciliación.

El “derecho internacional” no ha pasado nunca de ahí. En un sistema de equilibrio, el derecho es de por sí conservador. “Si, por ejemplo, se considera los diferentes Estados que hoy componen Europa”, “la suma total de las relaciones de todos los Estados entre ellos sirve más bien a mantener el status quo del conjunto que a introducir cambios en él, es decir que la tendencia es al mantenimiento del status quo.” El sistema de equilibrio evita o pretende evitar la guerra pero, cuando no lo hace, produce las más destructivas de las guerras, como consecuencia de la igualdad de fuerzas.

La relación de fuerzas, relativamente pero necesariamente inestable y cambiante, conduce a la guerra ofensiva o defensiva o preventiva, el imperialismo, la guerra fría o caliente, la conquista, la sumisión y la destrucción de las naciones y los estados, el equilibrio de fuerzas, la paz política de equilibrio o de desequilibrio entre las naciones, la dominación hegemónica o imperial, con un “derecho internacional” defectivo y precario como resultado. <Lógica de inestabilidad defensiva-ofensiva>. Todos los intentos teóricos y prácticos para evitarlo o resolverlo de otra manera, han fracasado, y acabamos de asistir al derrumbe del último de

ellos. Para moralistas, utopistas y prospectivistas, una nueva estructura instintiva y cultural es la única esperanza para el género humano. Pero no es más que eso. No es, en todo caso, una cuestión política.

En líneas generales, no hay pueblos buenos o malos, pacíficos o agresivos, sólo hay pueblos débiles o fuertes. Son partidarios de la libertad y los derechos humanos en general los que no pueden dominar y destruir a los demás y temen o padecen dominación y destrucción de parte de ellos. “La moral y el derecho” son lo que les conviene según las circunstancias. Del mismo modo, las comunidades religiosas son pacíficas, partidarias de la libertad y el respeto mutuo cuando y donde son débiles víctimas de la persecución de las demás, a las que persiguen, torturan y asesinan en cuanto consiguen la fuerza necesaria para ello. Con la variación eventual de la relación histórica de fuerzas, se invierten las disposiciones y actitudes “innatas” y el sentido “moral” que las dirige.

<Para el imperialismo, defensiva y ofensiva se confunden también. La defensiva tiende naturalmente a transformarse en ofensiva, pues en la realidad internacional nadie se considera nunca establecido en seguridad sin garantías, salvaguardas y modificaciones que tienden “lógicamente” a la eliminación “preventiva” de toda potencia económica, demográfica, política o cultural otra que ella misma. La defensiva es el motor supremo de la ofensiva. Los equilibrios o la escalada hacia los imperios “universales” son las únicas soluciones que la humanidad ha encontrado para sus ambiciones e inquietudes.>

Quienes pretenden hablar de, o actuar en, política internacional, deben necesariamente partir de esa realidad “exorbitante”, cualquiera que sea el juicio moral o teórico que les merezca y los proyectos, utopías o soluciones de sustitución que propongan para salir de ella. Si pretenden ignorarla, camuflarla o reemplazarla, sustituyendo la política y el derecho actuales por su “modelo” de sociedad internacional, lo que es por “lo que debe ser o lo que va a ser”, pueden estar locos o estar cuerdos, pero son agentes y arteros instrumentos de las fuerzas que dicen combatir. Sirven entonces a la violencia imperialista como solución real de los conflictos.

<“Cada civilización y cada lengua luchan e inevitablemente habrá cadáveres, porque no hay sitio para todas.” Es la tesis del espacio vital del nacionalismo imperialista, el nacional-darwinismo, el nacional-socialismo o el nacional-catolicismo, formulada por los nacionalistas humanistas cristianos franceses donde y cuando se estiman en posición de fuerza, en contraposición con los sermones que prodigan cuando y donde se encuentran en situación de inferioridad. Es falso por cuanto pretende afirmar que la falta de espacio para vivir y convivir obliga a la lucha a muerte entre las naciones. Es realista en cuanto el nacionalismo imperialista, la expansión nacional al universo entero y la dominación y supresión consiguiente de los demás pueblos es de esencia de la nación históricamente constituida.>

<La agresión y la ocupación imperialistas, la negación del derecho de autodeterminación de los pueblos adoptan, a veces, fines de guerra o dominación política limitados, que conllevan negociación, transacción o división de poder y constituyen el conflicto político internacional relativo. La sorprendida y exasperada frustración que la insuficiencia eventual de la acción política provoca, relanza el ciclo al alza en la busca, cada vez más exigente, de la solución

final. Protectorado, ocupación, anexión institucionalizan la transición al imperialismo político absoluto. El establecimiento, o el paso eventual de uno a otro, corresponde a las fases de expansión o regresión del imperialismo, a la relación general de fuerzas, al modo de producción y distribución, a la formación correlativa de una estructura internacional de clase, a la consolidación y el progreso de la ocupación y la colonización.

El conflicto político absoluto engloba la guerra absoluta y tiene por fin la destrucción de las fuerzas políticas adversas, efectivas o virtuales. La guerra parcial se hace total. La necesidad y la decisión de terminar por todos los medios, con la máxima urgencia y de una vez por todas, con la resistencia política, tienden finalmente a la liquidación del pueblo mismo, base sociológica del conflicto. La guerra absoluta revierte al conflicto general absoluto. Destruir un pueblo con el fin de ganar la guerra y acabar con su resistencia, o ganar la guerra y acabar con la resistencia con el fin de destruir un pueblo son empresas que se producen mutuamente.

El exterminio, el genocidio, la liquidación de los pueblos por la vía política es la vía más directa para ello. El monopolio de la violencia resultante de la guerra y la ocupación es también la base que permite sustitución, asimilación, liquidación de las naciones mediante el hambre y la sed, la enfermedad, los desplazamientos, deportaciones e implantaciones de poblaciones indígena y colonial, la esterilización directa o indirecta.>

Un pueblo que no es capaz de afrontar moral y materialmente esa realidad ha elegido ya la sumisión, fase primera de su liquidación. Libertad o muerte es la única alternativa real que se le presenta. La supervivencia es el objetivo permanente y el motor principal de la lucha anti-imperialista. Los pueblos que pierden su libertad y agotan su fuerza vital en la sumisión no tienen sitio en la historia.

Contra las ilusiones que los monopolios de propaganda imperialista difunden, el conflicto político entre "el nacionalismo ofensivo de la nación que oprime y el nacionalismo defensivo de la nación oprimida", sólo tiene dos soluciones posibles. Por un lado, la solución final, la liquidación total de los pueblos y los estados que han tenido la desgracia de caer en sus garras. Por otro, el fin de la política imperialista, que implica la práctica, sin trampas ni falsificaciones, del derecho inherente y fundamental de libertad, libre disposición o autodeterminación de todos los pueblos, "primero de los derechos humanos y condición previa de todos los demás". Es ésta la base constitutiva del derecho internacional, incesantemente sino aplicada por las Naciones Unidas. Sin que la multiplicación y la profusión de declaraciones, resoluciones, decisiones y convenciones, sincera o hipócritamente reiterativas y deliberada y pertinazmente burladas y traicionadas, hayan logrado efectivamente la represión y erradicación de la peste imperialista, vergüenza del mundo "civilizado" y primera fuente de conflictos y amenazas para la paz y la libertad de la humanidad.

Ninguna actitud democrática puede aceptar y reconocer el monopolio fascista e imperialista de la violencia sin negarse a sí misma y abandonar, con ello, todo contenido democrático. Los derechos humanos fundamentales en general, el derecho de autodeterminación de los pueblos y el derecho de independencia e integridad de los estados, como los derechos de legítima

defensa, paz y seguridad en especial, fundamentos del derecho internacional, implican violencia actual o virtual, como todo derecho.

Toda actitud democrática implica el respeto y la defensa de los derechos humanos. Todos los pueblos del mundo afirman su propio derecho, si no el de los demás, de vivir libres y seguros en su patria libre, con el territorio y los recursos que la constituyen, de preservar su libertad e identidad nacionales frente a la agresión y la ocupación imperialistas, de defenderse contra ellas por todos los medios necesarios, con el derecho de legítima defensa como última o primera garantía. Toda historia, pasada y contemporánea es demostración de que, donde tal derecho se niega, la paz, la concordia y la colaboración entre los hombres dejan paso al conflicto, la guerra, el odio, la ruina de los derechos fundamentales en general. <Por donde el imperialismo pasa, los derechos humanos, el derecho a la vida y la libertad de pensamiento son hierbas que dejan de crecer y de existir.>

La negación de estos derechos es la base del imperialismo, en sí mismo crimen contra la humanidad y contra la paz. “Si se vacía de contenido el derecho de autodeterminación de los pueblos, se quita a la amistad de los pueblos el fundamento a partir del cual puede desarrollarse.” Quienes en la teoría y en la práctica niegan el derecho de autodeterminación de todos los pueblos destruyen el único fundamento posible de la paz y la convivencia, establecen las bases de la violencia y la guerra entre las naciones. El imperialismo es, por naturaleza, incompatible con la convivencia pacífica. La ocupación de un pueblo y de un estado por otro es una agresión permanente, cadena continua, interminable e inmanente de conflicto, opresión, persecución y terror. A las fases de ruptura y ofensiva, de agresión, guerra y terror sin ley, siguen, a través de los tiempos, fases “de derecho, ordenadas y pacíficas” para la explotación, verificación, consolidación, de los resultados adquiridos.

El imperialismo "descubre" una y otra vez, cada vez con mayor claridad, que la resistencia política de la nación ocupada no era cuestión de moda, coyuntura o corriente de superficie, sino expresión inseparable de la existencia misma de una nación agredida y ocupada. Descubre también que si el imperialismo puede, a veces, someter y destruir a los pueblos, los pueblos no "se" incorporan ni "se" someten nunca, que la lucha por la libertad nacional es consecuencia inevitable de la agresión imperialista, es parte inseparable del sistema imperialista de dominación, que en su búsqueda sin alternativa de la solución final, los "grandes" pueblos genocidas tendrán que realizar nuevos esfuerzos y cometer nuevos crímenes antes de terminar de una vez por todas con la especie maldita de los pueblos libres sobre el planeta Tierra.

“La guerra no comienza antes de que la invasión haya suscitado la defensa.” ”Políticamente hablando, uno de los dos campos será forzosamente el agresor, puesto que intenciones defensivas por ambos lados no pueden nunca llevar a la guerra.” Todos los conquistadores del mundo se han declarado y se declaran amantes de la paz, siempre que se acepten su propia versión y sus propias condiciones de “paz”, y condenan como enemigos de la paz a cuantos se niegan a ello. “Un conquistador es siempre amigo de la paz (como Bonaparte decía constantemente de sí mismo), aceptaría de buen grado entrar en nuestro Estado sin oposición.”

La lucha por la libertad nacional es signo y expresión vital. Lleva en sí misma su fundamentación, justificación y demostración, porque es imposible e impensable la resistencia política e ideológica frente a la agresión imperialista, la ocupación totalitaria, los monopolios de violencia y propaganda, el terrorismo de masas, sin las condiciones sociológicas generales que la preceden, constituyen y hacen necesaria.

Los pueblos resisten, luego existen. No son pueblos porque existen, existen porque resisten. Lo que hace que "un pueblo sea un pueblo" identificable bajo la ocupación y el terrorismo imperialistas es su resistencia misma. No hay pueblos que resisten al colonialismo y pueblos que se someten. Los pueblos luchan por su libertad mientras están vivos, y si dejan de hacerlo es porque están ya muertos, aunque el punto de irreversibilidad sea incierto y la aparente muerte clínica recele con frecuencia hibernaciones o letargias funcionales de aventurado diagnóstico y sorprendente desenlace. Los "pueblos" que no luchan por la libertad son ya escoria, "basura de pueblos", a incinerar o reciclar por predadores y carroñeros.